



Hernán Lavín Cerda

EL VINO DEL PRINCIPE

Ofidio soy bajo la inmundicia
de este sol que quisiera huir del cabrilleante
océano.
Mi mujer se muerde, perezosa, los labios
—sus colmillos ocultan un prestigio imperceptible—
y mi hijo, con su lengua de eremita,
busca una gota de agua
y repite secularmente el mismo gesto.

Ahora dejo caer mis uñas en la copa de vino
y el espíritu del vino se reivindica
en el polvo de tu locura.
Diríase que fui el bufón del paraíso
y tal vez sea cierto:
después de haber vivido, perdemos hasta la vida
en la estulticia de nuestros juegos terrenales.
Codiciosos en el vicio, inmundos, bellos
bajo esta blancura y el simulacro del error.

Seamos ingenuos y sea dicha la verdad:
—Pura tumba, eso fuimos, puro esplendor en la cuna.
Dirán que alguien viene desnudo de la cintura
para abajo:
corre, salta, imita el canto del cernícalo
y, luego del baile, parsimoniosamente se viste de
hindú.

¿Quién eres? ¿De qué sombra seremos?
Alguien, muy parecido a mí, observa la desidia de
mis manos,
saca sus uñas del fondo de la copa
y se burla —símbolo de nuestro júbilo—:
eleva el vino y se burla.

EXTRANJERO

I

Soy todo aquello que me excede:
pero aquello es el afuera
y el afuera es arrebató,
entierro, certidumbre, metafísica
que sólo es posible
cuando tiembla la sombra de tus uñas.

II

Cultivábamos la muerte
como el benigno fruto a su carozo.
Indigentes, éramos del gusano:
la geometría de su crisis.
Sabíamos morir en el tormento
de una muerte inalcanzable.
Total, y cenobitas, irreales:
fascinante ha de ser, al fin,
la cercanía de nuestra ausencia.

EL ESCONDITE

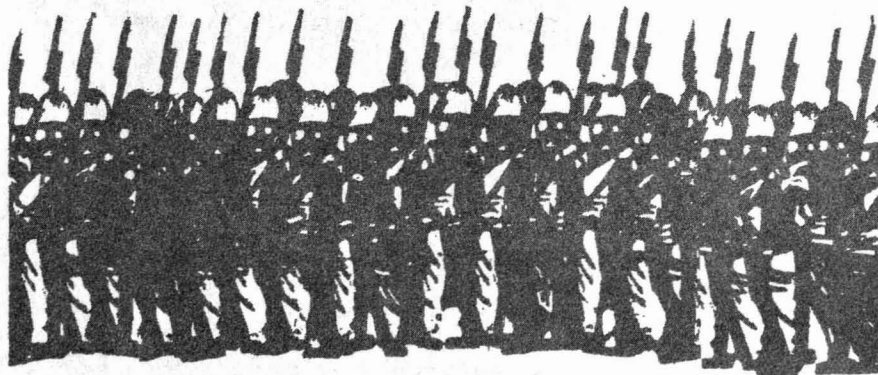
La mesa está servida,
los muertos
han llegado. Más allá del pavor, lejos
del escondite donde se ocultan los caracoles
húmedos,
levanto dificultosamente la cabeza y leo:
“Yo miro en esta hora,
y sé que alguien vigila este silencio.
Alguien que no conozco”.

Entonces, ciego, como una codorniz
asfixiada en su deslumbrante desvarío,
alguien levanta dificultosamente su cabeza
y dice en esta hora:

—Honor
a quien honor merece.

LA TUMBA

Vacía es la gota
del veneno:
—En su espesura, todo
queda por hacer.



Hernán Lavín Cerda nació en Santiago en 1939. Ha publicado *La altura desprendida* (1962); *Poemas para una casa en el cosmos* (1963); *Nuestro mundo* (1964); *Neuropoemas* (1966); *Cambiar de religión* (1967); *La enloquece en una tumba de oro y el toqui está envuelto en llamas* (1968); *La*

conspiración (1971); *La crujidera de la viuda* (1971); *El que a hierro mata* (1974); *Ciegamente los ojos* (1977); *Los tormentos del hijo* (1977); y *El pálido pie de Lulú* (1977). Actualmente reside en México y es profesor de la UNAM.